PARTE TERCERA.

EL GENIO.

Lozana vigorosa y atrevida,
Alza el vue o la reina del desierto
Y, á sus plantas el orbe descubierto,
Contempla con desden
La peña de los siglos respetada,
De cien rios tortuosos la corriente,
Y la mar que amenaza al continente
Con fragoso vaiven.
¡Qué dichoso, á quien dieran los destinos
De alto cielo en la hondura de su arcano
El destello sublime y soberano
De genio crëador!

En su mente rebulle un pensamiento,
Y lo vé, lo contempla, y se estasía,
Y cual fragua le da su fantasía
Su luz y su calor.

¡Vedle allá! con los ojos arrobados
Cual traza la carrera del planeta,
O sigue los caminos del cometa
Allá en la inmensidad,

Atinando las leyes que á su giro
Del Eterno la mano señalára
Cuando el linde á los mares prefijára
Con alta magestad.

Sentado sobre escombros y ruinas
De un gran pueblo veréisle que medita.
Y cual mago que sombras resucita
El secreto alcanzó

De su grande pujanza y caida;
Mira en torno cien pueblos que florecen,
Y otros pueblos que nacen y que crecen,
Y su fin ya previó.

Tal vez habla, y los hombres se sonrien,
Y en su mente revuelve mas profundo
Un pensar que le ofrece un nuevo mundo;
Solo demanda un *sí*.

¡Admirable! ¿dó marcha, quién le guia?
En su frente fulgura la esperanza,
A los mares intrépido se lanza
Y dice ¡vedle allí

A su vista desfilan las naciones
Y parecen las bravas oleadas
Por el cierzo cual montes levantadas
Y luego ya no están,

O montañas de arena movediza
Que levanta y disipa en un instante
Con mugido bravío y resonante
El terrible huracan.

Si mirando tal vez la turba ciega,
Y entre tantas locuras que divisa
En alguna se fija su sonrisa,
Golpe motal le hirió;

Que el tiempo con su mano roëdora
De Cervantes el bello desenfado
Y el saber con gracejo sazonado
Nunca jamas borró.

¡Mezquino! tú que pides quien le guia,
Que demandas dó fuera su enseñanza,
¿No conoces el brio y la pujanza
Del sublime pensar?

¿No sientes en sus giros atrevidos
Que la senda trillada ya desdeña,
Cual águila ya posa en alta peña
Cuando empieza á volar?

Una mano secreta le conduce
Y le lleva á que cumpla un gran destino,
Que en sus sienes con sello peregrino
Grabára el Hacedor;

Que no en vano le diera aquellos rayos
Que ciñen como aureola su frente
Mostrando la grandeza de su mente
Con celeste fulgor.

Mas tal vez ¡ay dolor! que palidece
Su fulgor y amenaza mal agüero,
Como suele en la noche algun lucero
Siniestro relumbrar;
Su tamaño, su luz y rara forma
Arrebata la vista, mas la mente
Que el estrago horroroso ya presiente
No cesa de temblar.

¡Vedle allá! reclinada sobre el pecho
La cabeza, los ojos inflamados,
Torva frente, los labios abrasados,
medita en soledad....

Y murmura palabras de misterio,
Tal vez lanza al papel un pensamiento,
Preñado cual la ráfaga del viento
Que engendra tempestad.

LA VIDA.

—

¿Qué es la vida del humano?
¿Hay alguien que lo comprenda,
hay algun hombre que entienda
lo que llamamos *vivir?*

En sus gustos, en sus penas,
en sueños de desvarío
¿hay quien no sienta un vacío,
un misterio en su existir?

Hoy alegres y volubles
como leve mariposa
que ora salpica la rosa,
despues para en un clavel,
un mundo con cien matices,
cestillos de hermosas flores,
guirnaldas de mil colores,
copas de leche y de miel:

Y mañana nada existe.....
como pasa en un torrente
una flor que la corriente
arrancó de su raiz;
como brilla en claro arroyo
la plata y oro del pece,
y luego desaparece
con vivísimo desliz.

Dora apenas leve bozo
la tez blanca y colorada,
y la cabeza dorada
se comienza á ennegrecer;
ya no se mece en el labio
el candor de la sonrisa,
que semeja leve brisa
en hermoso amanecer.

Recordamos condolidos
las delicias de la infancia;
cual delicada fragancia
de un perfume que pasó;
ó el marino que se aleja
ve pintada banderola,
que torreon alto tremola
en la ciudad dó nació.

Es á mis ojos la vida
vapor de endeble candela,
fuego leve que revuela
en torno de un ataud;
es aromático aliento
de la flor que abre su seno,
que seca con su veneno
soplo abrasador del sud.

Vuelan en torno del hombre
mil pintadas mariposas,
lucen sus alas donosas
hermosura sin igual;
las coge el hombre, cual niño
cierra afanoso la mano,
y al abrir de polvo vano
encuentra inmunda señal.

¿Qué se presenta en la tierra
sino montones de abrojos,
despedazados despojos
que á la orilla arroja el mar;
sino un reptil que deslumbra

con su matiz fementido,
y que endulza su silbido
para mejor hechizar?

No veo mas en el mundo
que un inmenso mar de arena,
un vacío que se llena
con follage fementido;
el gemido
no cesa de noche y dia,
la alegría
no baña jamas el pecho,
sombrío del hombre el techo,
si con galas la natura
convida al hombre á que ria,
aun aumenta su amargura.

¿Qué importan los placeres de la vida,
el prefume fragante del aroma,
si opresor y pesado se desploma
un recuerdo que ahoga el corazon;
si la imágen, que halaga nuestro pecho,
un frio desengaño quiebra y pisa,
y con burla y sardónica sonrisa
deshoja la ilusion!

La mente oscura, el corazon vacío,
solitario cual flor en el desierto
combatida tal vez por cierzo yerto
y luego por el austro abrasador;
frio el mundo, floresta sin olores,

bella estatua de rosas coronada,
sin aliento, sin fuego en la mirada,
sin consuelo al dolor!
Flotando el alma como leve sombra,
ora sintiendo un hálito divino,
en pos la fetidez, polvo mezquino....
¡recuerdo triste! oscuro el porvenir!
el llanto congelado en la mejilla,
negro pensar vagando por la mente,
cárdeno el labio, nebulosa frente,
cansancio de gemir!
Y volved la vista en torno,
y pedidle al mundo impío
que aligere vuestro hastío
y que calme vuestro mal:
embriágate (responde)
con algun néctar sabroso,
cuando busques el reposo,
aquí tienes el puñal.
¡Cruda respuesta, que acibara á el alma
agriando su penar y su tormento!
¡delirar embriagado de contento!
¡ó morir con estólida frialdad!
¡Inmenso Dios! ¿qué puede ser la vida
para quien la esperanza no fulgura,
para quien no divise la ventura
allá en la eternidad!
Es el hombre un hondo arcano
que aparece aquí en la tierra,

frágil máquina que encierra
una centella eternal:
lanza un acerbo quejido,
llanto es su primer acento
mezclado con el lamento
del padecer maternal.
¡Veis! y llora inconsolable,
no le acallan en su llanto
ni las caricias, ni el canto,
blando arrullo del amor;
¡triste destino del hombre
el nacer con amargura,
el vivir en desventura,
y morir en el dolor!
¡Y pasar como una sombra
sin dejar aquí su huella,
como pasa la centella
que en el aire se inflamó;
vapor leve que despide
fugaz y vivo reflejo,
vana imágen que el espejo
un momento retrató!
El solo en el universo
ansioso de su destino,
estraviado peregrino
que pregunta ¿dónde está?
coge acaso en el desierto
el fruto de la palmera,
y prosigue su carrera
sin saber dó parará.

Y triste y pesaroso,
absorta el alma en hondo pensamiento,
me faltaba el aliento:
y anhelando un instante de reposo,
revolvia sediento
las hojas de un escrito misterioso,
dó via descifrado
el arcano del hombre y su destino,
y de un sello divino
el sagrado carácter estampado;
de fuego peregrino
el pecho me sentia penetrado,
que en sosegada calma
consuela al corazon, alumbra á el alma.
¡Porvenir! porvenir! y alzando el vuelo
mi mente remontábase hácia el cielo;
y olvidando ese barro que la encierra
miraba pesaroso
ese pequeño grano
que aquí llamamos tierra,
y al hombre cual gusano
que por ella se arrastra fatigoso;
y al reparar que olvida
que, fugaz como leve pensamiento,
pasará en un momento
el durar de su vida:
su loca vanidad, su orgullo necio
contemplaba con lástima y desprecio.

VANIDAD

DE LAS GRANDEZAS HUMANAS.

Cuántas veces, ay Fabio! cuántas veces
Yo solo, pensativo, apesarado
Busco en vano proyectos y delirios
Un consuelo á mi pecho acibarado!
Negra tristeza, cual opaca sombra,
Todo á mi débil ojo lo oscurece;
Tédico cruël devora mis entrañas,
Cuanto miro marchita y envilece.
Al menos si á mi lado te tuviera,
Mis llantos en tu seno derramara,
Y la mano piadosa de un amigo
Mis lágrimas amargas enjugara.
Amigo, dí, si comprenderlo puedes,
¿Qué es el hombre, ese ser desventurado?
Díme, ¿qué es ese caos asombroso,
Confusion de sublime y de menguado?
Vimos la luz en medio de quejidos,
Nuestra cuna meciera cruel dolor,
Sin que acallar pudiera nuestro llanto
De una madre el cariño y tierno amor.
Plácida con los brutos animales
Los halaga y recrea la natura
Cual cariñosa madre; solo al hombre
Trata con sobreceño y mano dura.

Pasaron nuestros juegos infantiles
Cual de uno chispa rápido destello,
Y la edad de ilusiones anunciando
Nuestros rostros doraba leve vello.

¡Ay dolor! que ilusion! cuánto delirio!
¡Que turbacion agita nuestro seno!
¡Cuánta copa dorada que nos brinda
Con mortal y pestífero veneno!

Y al lado del plarcer y del encanto
Truena la voz terrible de Dios mismo:
"Aquí está la dulzura y los placeres,
Mas allá los dolores y el abismo."

¡Gran Dios! ¿y por qué en lucha tan acerba
Permitísteis que el hombre se empeñara,
Que una mano secreta lo impeliese
Y otra mano tremenda lo aterrara?

¡Ay amigo! ¿te acuerdas de una tarde
De invierno, en la que andábamos inciertos,
Solos, cruzando sin sendero fijo
Los secos prados y los campos yertos?

Y de nubes sombríos torrëones
Por el cielo sin órden esparcidos
Iban vagando, y el silencio apenas
Perturbaban del viento los silbidos.

Y otra vez se fijaba nuestra vista
En el orgullo y sed desmesurada
Del hombre por honores y riquezas,
En su apego al vil polvo y á la nada.

Tal vez sintiera inspiracion divina,
Y alzando de repente osado vuelo,
Mirábamos el giro de los astros
Y la vasta estension de inmenso cielo.

¿Qué es del hombre la frágil existencia?
Nos decíamos, ¿qué es su orgullo necio
Y hasta el poder de pueblos y naciones?
Mirando con desden y con desprecio.

Todo pasó; y en vano yo buscara
Un hombre que conmigo dividiera
Mis penas....tal vez pérfido, inhumano
De mis males y duelos se riera.

¡Qué mal conoce al hombre quien apoya
En otro hombre su dicha y esperanza!
Solo el que nos hiciera de la nada
Puede darnos la paz y la bonanza.

VANIDAD DE LA CIENCIA HUMANA.

En la sien altanera del humano,
Que su grandor revela y su destino,
Un destello celeste y peregrino
Fulgura sin cesar;
Llama hermosa del cielo desprendida
Que ciñe como auréola su frente
Y pinta la grandeza de su mente
Con fuego en su mirar.

Inquieto si le mecen en la cuna,
O si juega en los brazos del cariño,
Con ojos afanosos sigue el niño
Cuanto de nuevo vé,
Y poned en sus frágiles manitas
Juguete de resorte, cuando gira
Aquel secreto, estático ya admira,
Y pregunta ¿por qué?
Que sereis semejantes á los dioses,
Dijo el reptil infame al primer hombre,
Encubriendo la muerte con el nombre
De saber mal y bien;
Y halagado con grata perspectiva
De un saber mas sublime y encumbrado,
Con vergüenza se mira desterrado
De la dicha de Eden.
Mas así no se borra de su pecho
Esa ardiente vivísima centella.
Corre en pos afanoso de su huella
Si lejano la ve;
Sin cesar la persigue con anhelo,
En pos de ella frenético suspira,
No teme riesgos arrostrar, ni mira
Donde posa su pié.
Vedle al pié de pirámides gigantes
Que contemplan la marcha de los siglos,
Que parecen altísimos vestiglos
Que el infierno abortó;
Y él se acerca y pregunta curioso,

Y circuye su base dilatada,
Y pregunta á la piedra inanimada
¿Quién allí las alzó?
De Tebaida pregunta á los desiertos,
A torres, obeliscos y ruïnas,
Y á los trozos de esfinges peregrinas,
Y á las grutas de Osiut,
Y á la roca elevada y solitaria
Que columbra de un monte en la cadena,
Que á su pié mira un piélago de arena
En el pais del sud.
¡Qué le importa dejar su patria cara
Y arrojarse al furor del mal bravío,
Y en los leños endebles de navío
Su vida abandonar!
¡Qué le importa con tal que allí sospeche
Que al traves de peligros y de azares
Rara concha á la orilla de los mares
Tal vez podrá encontrar!
Ni le asustan de bárbaros salvajes
Las sangrientas orgías, los horrores,
Ni del vasto desierto los ardores
En inmenso arenal;
Ni el bramar de los brutos mas feroces
Que recorren la alzada cordillera,
Si observar entre el riesgo quizá espera
Oculto mineral.
¡Qué vale tanto afan! tanto delirio!
Al desplegar su cuadro la natura

Con pomposa riqueza y hermosura
Dice el hombre ¡lo ví!
Y se acerca y levanta el ancho velo
Creyendo descubrir un nuevo mundo,
Y un abismo mas ancho y mas profundo
Halla asombrado allí.
Y al divisar ya fúlgida, brillante
Que le halaga una auréola de gloria,
Se agolpan en tropel á su memoria
Otros mas sabios que él,
Y sus escritos que polilla cubre,
Que yacen en repuestos olvidados,
Y siente sus delirios amargados
Con la gota de hiel.
¡Ni qué valen los rayos de la gloria
Revueltos entre gratas esperanzas,
Qué valen lisonjeras alabanzas
Cuando el hombre murió!
Está el cadáver yerto en el sepulcro,
Cual sombrío trofeo de la muerte,
Y al inmenso destino de otra suerte
El alma ya llegó.
¡Y creeis que le plazcan los encomios
Que tributan los míseros mortales,
Cuando viva en moradas eternales
El dichoso sin fin!
Cuando viva en un piélago de dicha
Donde no hay ansias, desazon ni llanto,
Cuando entona las glorias del Dios Santo

En coro el serafin!
Ni que calme sus hórridos tormentos
Si réprobo cayera en el averno,
Ni que llegue al profundo del infierno
La gloria y el honor
Que el mortal le tributa con lisonja....
¡Ah! si en la vida es vano su consuelo,
Qué ha de ser entre el llanto y desconsuelo
De morada de horror!

LA RELIGION.

Blando consuelo del alma,
dulce bálsamo del pecho,
solo asegurado techo
en tremenda tempestad;
solo tú muestras sendero
al cansado peregrino
estraviado de camino
en desierta soledad.
Ay del hombre que no espera
en esta tierra de abrojos,
que no levanta sus ojos
á la celeste mansion;
que no verá el infelice
mas que un piélago de arena,
que interminable cadena
de penar y desazon.